Carta pastoral de Mons. Charles Morerod para la Cuaresma 2013

3er domingo de Cuaresma, Año C, 2-3 de marzo de 2013

Porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy allí, en medio de ellos (Mt 18,20)

El año pasado, anticipando el Año de la Fe, os he hablado de la fe. Este año quiero volver a hablar de la fe recalcando un aspecto: la fe se vive en comunidad. Como lo decía el Concilio Vaticano II, « quiso Dios santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituirlos en un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente »[1].

La necesidad de una comunidad se hace notar sobre todo para las nuevas generaciones. Cuando los más mayores de entre nosotros han recibido una cultura impregnada aún de fe cristiana, ya no es generalmente el caso de las personas de menos de 40 o 50 años, que a menudo casi no conocen la fe cristiana.

Las comunidades cristianas ofrecen un apoyo real y vivo: tengo a menudo la ocasión de comprobarlo con alegría al recorrer las Unidades Pastorales de la Diócesis. Es bonito ver cuantas personas se comprometen con entusiasmo, poniendo al servicio de la vida de la Iglesia su fe y sus diversas competencias. A la vida de las comunidades territoriales o lingüísticas se añade la aportación de comunidades religiosas y de movimientos: los recientes movimientos dan un gran apoyo a muchos jóvenes en su descubrimiento de la vida cristiana. Y no se debe de olvidar las vivencias más pasajeras como retiros, peregrinaciones, o el paso por un hospital, etc.

Si pensamos en el futuro, no podemos sin embargo conformarnos con la situación actual: siempre es necesaria una renovación. Una señal de esa necesidad es la dificultad que tienen algunas personas en encontrar una comunidad para vivir su fe que acaban de descubrir. Por otro lado, en complemento de su vida parroquial, cada vez más adultos participan en programas de formación organizados bajo diferentes nombres en los cantones de la Diócesis.

Debemos preguntarnos que comunidades podemos ofrecer a los creyentes y a las personas que se interesan por nuestra fe. En el pasado la comunidad « natural » era la parroquia que coincidía a menudo con una comunidad, o con el barrio. Se iba quizás una vez por semana, pero también se transmitía la vida cristiana de muchas maneras fuera de esta visita semanal. Una hora semanal, hoy en día, no es suficiente para la vida de la fe, para su arraigo. Esto se debe a numerosos factores que no afectan sólo a la Iglesia: se observa en muchos ámbitos de la sociedad al mismo tiempo una cierta crisis de participación y de admirables movimientos de solidaridad (por ejemplo en caso de catástrofe). Un factor nos afecta directamente: no se fomenta la fe cristiana en nuestra sociedad, donde la actitud « normal » consiste en no ir más a la Iglesia. El pontificado del papa Benedicto XVI quedará

[1] Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia, Lumen Gentium, §9

quizás en la historia como aquel en el que la Iglesia ha tomado nota de ya no ser un gran movimiento de sociedad sino el fruto de una elección minoritaria (al menos en nuestro mundo occidental).

Si la falta de sacerdotes es una preocupación, parece que la pregunta fundamental es el descenso del número de creyentes que son conscientes del tesoro que representa su fe. Una señal de ello es la participación en la Eucaristía. Tomo el ejemplo de las parroquias rurales. En una sociedad donde es normal recorrer kilómetros para ir de compras, o para ir a asistir a una manifestación deportiva o cultural, muchos parecen considerar como lo normal no acudir a la iglesia si se celebra la misa en el pueblo vecino. Si embargo « donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón » (Mt 6, 21). Si para recibir a Jesucristo no merece el esfuerzo de desplazarse, es que hay una crisis de fe. ¿No sería mejor reunir a las personas que aprecian el tesoro de la Eucaristía en los lugares céntricos donde se organicen siempre las liturgias del domingo? Esto permitiría también a las familias jóvenes el encontrarse en la iglesia, un deseo que se expresa a menudo y con insistencia. Por otro lado no se trata de abandonar a su suerte a las personas que no tienen medios de transporte: una comunidad viva debe ayudarles. Incluso en los lugares donde no se celebra la misa cada domingo, una comunidad cristiana debe poder seguir con otros encuentros o celebraciones.

Una comunidad cristiana viva ayuda a sus propios miembros a vivir su fe, pero permite también descubrir la fe a otros. Necesitamos comunidades en donde estemos contentos de invitar a personas que no conocen nuestra fe.

Una sesión diocesana tendrá lugar del 1 al 3 de octubre de 2013: se trata de un encuentro de todos los agentes pastorales de la Diócesis (sacerdotes, diáconos y laicos) que tratará del domingo. Se reflexionará acerca de como el día de la resurrección puede ser festejado cada semana en nuestras parroquias. Por ejemplo: ¿en qué medida se puede reagrupar las celebraciones para reunir la comunidad de los creyentes en una bonita celebración? ¿Cómo mantener al mismo tiempo las comunidades pequeñas – en los pueblos o en las numerosas parroquias de nuestras ciudades – con momentos de oración u otras manifestaciones de vida cristiana durante la semana?

Esta carta presenta preguntas más que respuestas. Tengo interés en dar a conocer estas preguntas, para recibir numerosas opiniones con respecto a las posibles respuestas. En otros términos la búsqueda de la comunidad se hace también en comunidad, y entre más participen el resultado será más comunitario. El objetivo de la presente carta pastoral es que todos podamos hacer sugerencias a las personas que participarán en la sesión.

Por ello os pido que recéis para que la reflexión de esta sesión sea guiada por el Espíritu Santo y que así dé frutos permitiendo a todos celebrar la fe en una comunidad viva.

Vuestro Obispo
✠ Charles Morerod